

dria sustraerse á la comparación y hubo de modificar su primitivo pensamiento, resignándose á imitar como garantía de buen éxito. Jacobo Ortiz no es un sér imaginario, es un estudiante de la universidad de Padua, que se suicidó. Los móviles de esta acción desesperada quedaron en el misterio, y Fóscolo, admirándola, quiso idealizar al agente é identificarse con él, atribuyéndole sus propios amores y prestándole algunas de sus aventuras. En las *Últimas cartas*, se falta á la unidad con propósito deliberado. El corazón de Jacobo está dividido entre el amor á la patria y su pasión por Teresa. Ambos sentimientos contribuyen á la catástrofe. Sin embargo, resulta patente que, para Fóscolo, perdida la libertad de la patria, el suicidio es un deber político. En esto sigue la tradición de Alfieri, en cuyo teatro juega papel importantísimo la muerte voluntaria. En los *Sepulcros*, al entusiasmo por la patria se une el culto á la antigüedad. Hugo Fóscolo es un verdadero pagano, á fuerza de ser clásico.

Soldado valeroso de la Revolución, se alistó en los ejércitos republicanos y estuvo en el sitio de Génova y en el campamento de Boulogne, desciñéndose la espada, para subir á la cátedra del profesor en Pavía, y empuñándola de nuevo cuando la fortuna volvió la espalda á los franceses. La restauración del antiguo régimen le contó entre los vencidos; negóse con inquebrantable firmeza á prestar juramento de fidelidad á los nuevos señores, y tuvo que expatriarse, muriendo en Londres en mil ochocientos veintisiete.

Alfieri, Monti, Fóscolo son los representantes más eminentes de la literatura italiana en el período de agitación y lucha que marca el tránsito de un siglo á otro, cuyo carácter se retrata en sus obras, figurando al lado de ellos, en lugar muy subalterno, Hipólito Piu-demonte, Galeano, Napioni, Casti y otros que pudiéramos citar.

INGLATERRA.—Antes que en Italia y que en España, había sido importado el clasicismo francés en Inglaterra, donde desde el tiempo de la restauración de los Estuardos, se enseñoreó de las letras, particularmente en el terreno de la poesía. Lo elevó á su apogeo Pope, y tuvo por dogmatizador á Samuel Jonhson. Repugnaba, sin embargo, á las cualidades nativas del espíritu británico, y su imperio no podía prolongarse tanto como en los países latinos. En la literatura clásica inglesa, no había ningún rasgo del carácter nacional. Ostentaba la librea de su origen francés, y los ingleses detestan lo extranjero, sobre todo si procede de Francia; era ligera y excéptica, y el inglés es grave y creyente; constituían su modo de ser la corrección, el método, la fría elegancia, la falta de naturalidad, el compás y la medida, y los ingleses conciben la poesía como un impulso interior, de donde brota irreflexiva, espontánea, impetuosamente el sentimiento. La gente, además, empezaba á cansarse de la vida mundana, puramente artificial, que Luis XIV había puesto de moda. La afición al campo es innata en la raza sajona; los grandes pasan allí

la mitad del año en sus tierras, donde llevan una vida semipatriarcal, y vigorizan su cuerpo y distraen sus ocios en el ejercicio de la caza. La juventud se educa no en locales estrechos, sombríos y mal olientes, sino en medio de la campiña, en edificios inmensos, bien ventilados y soleados. La aristocracia universitaria rema todos los días horas enteras en el Cam y el Isis. El comerciante, el industrial, el hombre de bufete no desperdician ocasión de ir á respirar el aire puro del campo. Agréguese que el inglés se recrea en los asuntos pequeños, es entusiasta del hogar doméstico, ama la realidad y la vida, y no se extrañará que le disgustase aquella poesía amanerada, convencional, llena de reminiscencias griegas y latinas, siempre vestida de etiqueta, pomposa en la frase, huera de pensamiento.

Aun en los poetas de la escuela, se nota que el traje clásico no está cortado á su medida; les viene estrecho, y, al ponérselo, hacen saltar las costuras. Pope mismo no es una excepción, siéndolo menos todavía Swift, Prior, Gay y Filips. Se acelera el descrédito del clasicismo con la aparición de un nuevo personaje, ídolo de su tiempo, el hombre *sensible*, amante de la soledad, dado á la reflexión, de porte austero, sermoneador y moralista. Young escribe sus célebres *Pensamientos nocturnos*, en que, para consolarse de la pérdida de su mujer é hijos, se entrega á tristes y elevadas meditaciones acerca de la vida, la muerte, la inmortalidad, la virtud y otros temas semejantes. Thompson da el ejemplo de la poesía descriptiva, de que tanto se abusó después; canta en sus *Estaciones* la eterna juventud de la naturaleza, anualmente renovada, y anticipándose á Rousseau, opone la sencillez de la edad de oro á la miseria y corrupción de la época actual; exalta la pasión profunda, la ternura conyugal, el amor de los padres; combate la trivialidad que domina, poniéndola en parangón con las virtudes de las repúblicas antiguas, y se remonta desde el espectáculo de la naturaleza á la idea de Dios, mostrando al hombre la perspectiva de la inmortalidad á través de la tumba.

Otro signo de los tiempos es la reaparición de Shakespeare en el teatro. No había caído en olvido el nombre del gran dramático; se leían sus obras y eran muy admiradas, pero nadie se atrevía á representarlas; ojos habituados á no contemplar sino las piedras falsas y joyas de bisutería, de los clásicos, no hubiesen podido aguantar el vivo resplandor de los verdaderos diamantes. Un actor famoso y escritor distinguido, Garrick, quiso reinstalarle sobre su trono, en la escena, aunque disfrazó y empequeñeció algo su figura, para que el público no se asustara. El éxito de esta tentativa fué extraordinario, y la simple presencia del coloso hizo que los pigmeos se avergonzasen de su pequeñez. Buscando fuentes de inspiración más puras y acomodadas al carácter nacional, se vuelve la vista á los tiempos antiguos, y Gray, no contento con remontarse á los cantos de la Edad Media, sube hasta los orígenes escandinavos y célticos. El obispo Percy publica los *Restos de la poesía antigua*, y Warton comienza á escribir la historia de la inglesa. El público esti-

mula á los escritores para que regeneren la literatura, poniéndose en contacto con la verdad, presente ó pasada. Este hecho moral se evidencia en un fenómeno extraño que entonces ocurre: imposturas literarias, que parecen resucitar hombres de otras épocas, con sus pasiones ardientes, sus sentimientos rudos, su lenguaje enérgico y sencillo, sorprenden la buena fe de los lectores y cautivan la admiración. En Bristol, un joven, casi un niño, Chatterton, supone haber encontrado en el rincón de una sacristía versos que atribuye á un tal Nicolás Rowley, supuesto poeta del siglo décimo-quinto, y casi al mismo tiempo, el escocés Macferon quiere dotar á su país de un Homero céltico, publicando los famosos poemas de Ossian. El fraude de Macferon fué menos fácil de descubrir que el de Chatterton: lo protegía la vanidad nacional de Escocia y había ganado terreno antes que los críticos de Londres intervinieran, contribuyendo á su buen éxito el haber empleado el autor, para forjar el engaño, algunos materiales auténticos, como restos de tradiciones locales, de antiguas baladas y de fragmentos poéticos de toda clase. Aun después de comprobada la superchería, conservaron los poemas de Ossian la popularidad que habían alcanzado, y dieron la vuelta á Europa.

Los ánimos estaban preparados, y en el último cuarto del siglo aparecen tres poetas, que debían ser los primeros en satisfacer los anhelos de la opinión. No salen de las aulas universitarias, ni de los centros académicos: el uno, Burns, es un humilde campesino; el segundo, Cowper, un pobre solitario, enfermizo, medio loco; el tercero, Crabbe, hijo de un infeliz aduanero.

Inglaterra, en este momento, ofrece la singularidad de que, mientras en Francia se cumple la revolución en el terreno social y político y en Alemania en el filosófico, en ella se consuma en el literario. No era el suelo británico donde, tras haberlas aplaudido, se miraban con horror y se les hacía una guerra sin cuartel, campo abonado para que prosperasen al pronto las ideas propaladas por los revolucionarios franceses; pero el espíritu moderno, al encontrar cerradas las demás puertas, penetra allí como á hurtadillas por la de la literatura, y de esta suerte, si en otros pueblos reduce á escombros el edificio entero de las condiciones y especulaciones humanas, en Inglaterra parece limitarse á modificar el gusto y el estilo. El cambio es insignificante á primera vista. Sin embargo, á la larga, no había de ser menos fecundo en consecuencias que el operado en Francia; porque la diferencia en la manera de escribir debía traer otra concomitante en la manera de pensar, y la lógica exigía que si se buscaba la verdad en el arte, se aspirara á desterrar el error de la filosofía y la ciencia.

La renovación en el estilo, á que hemos aludido, consiste simplemente en inspirarse en la realidad y no en los modelos; en comprender que la poesía es algo que palpita en todas las cosas, y no un producto de fabricación artificial; en ponerse en relación directa con la naturaleza; en estar penetrado de que la regla ha nacido de la

obra de arte y no ésta del precepto; en expresar emociones en vez de alinear palabras; en subordinar el lenguaje á la idea; en dejar que nazcan y se desarrollen las impresiones; en ser sincero consigo mismo y mostrar, en su pristina pureza, el propio sentimiento al comunicarlo á los otros; en convencerse, en fin, de que el arte, como el amor, como la sociedad, es hijo de la simpatía, y que la simpatía sólo brota al contacto de las almas.

Inicia la reforma, natural, espontánea, inconscientemente, Guillermo Cowper, cuyo talento, como se ha dicho, es la imagen de su carácter, y sus poemas, el eco de su vida. De temperamento delicado y enfermizo, en el colegio, muy niño aún, lo eligió como víctima un zagalón de quince años. Maltratado de continuo, le inspiraba tal temor su verdugo, que no se atrevía á mirarle la cara; «no osaba, escribe él mismo, levantar los ojos más arriba de sus rodillas, y le conocía mejor por la hebilla de sus zapatos que por ninguna otra prenda de su cuerpo.» Desde los nueve años fué presa del abatimiento más profundo. «Me acostaba, dice, en medio de las mayores torturas; me levantaba desesperado.» Aceptó la proposición que le hizo un tío auyo de desempeñar una de las plazas de secretario en la Cámara de los Comunes; mas, para obtenerla, había que someterse á un examen, y como su timidez era tanta, á la sola idea de tener que presentarse ante el tribunal le acometían ansias de muerte. Llegó á desear la locura como medio de librarse del tormento que le esperaba, y sus nervios se perturbaron hasta el punto de que la demencia sobrevino y hubo que recluirlo en un manicomio. Recobró la razón, pero su cerebro nunca se repuso del todo de la conmoción que había sufrido. Se creía abandonado de Dios, é incapaz de hacer una vida activa. Movidos á piedad, le recogieron en su casa, en el campo, unos amigos, y una mujer excelente, mistres Unwin, le trató con afecto verdaderamente maternal. Gracias á esto, al aire libre y puro que respiraba y á la paz en que vivía, teniendo compartida su existencia entre ocupaciones mecánicas, leer la Biblia y sermones, cantar himnos con sus amigos y conversar acerca de asuntos elevados, halló su espíritu alguna tranquilidad y reposo. En el fondo de su alma, sin embargo, anidaba la melancolía, comparándose Cowper á ciertos estanques que había visto, que estaban llenos de agua negra y podrida, pero cuya superficie reflejaba en los días serenos los rayos del sol. Religioso, austero, irreprochable, se juzgaba indigno de ir al templo y hasta de elevar sus oraciones al cielo. «Los que han encontrado, dice, un Dios y les está permitido adorarlo, poseen un tesoro, que no saben apreciar en todo su valor, por mucho que lo estimen. Creedme, creed á un hombre que, habiendo gozado de este privilegio algunos años, está privado de él desde hace muchos más, y ha perdido la esperanza de volver á tenerlo.» Y en otra ocasión: «Podemos representarnos el corazón de un cristiano en la aflicción y, al mismo tiempo, en la alegría; atravesado de espinas, mas coronado de rosas. Yo tengo la espina sin la rosa; mi rosa es una rosa de invierno; sus flores se han

marchitado, pero la espina dura». La idea de estar irremisiblemente condenado le persiguió hasta en la hora de la muerte.

Hombre de semejante carácter, no podía escribir versos para solicitar el aplauso, y si se entrega á la poesía, es sólo á fin de vaciar su alma demasiado llena, de aliviarse de la carga que le abruma. «Es preciso, nos cuenta en alguna parte, que trate á mi espíritu como á mi pardillo, generalmente le tengo en la jaula; pero de vez en cuando le abro la puerta para que revolotee un poco por la habitación, después vuelvo á encerrarlo». En mil setecientos ochenta y uno, se estableció en casa de mistres Unwin lady Austen, joven viuda de un baronet. Estuvo allí dos años, y cobró tierna y pura afección al poeta, que le fué deudor de los más bellos frutos de su ingenio. La inspiración de Cowper surge como brota el agua del manso manantial, sin violencia, sin esfuerzo: basta á despertarla el arado que avanza lentamente trazando el surco, la flor que va á romper su capullo, la fresca campesina que atraviesa el camino con la cesta al brazo. Anochece, se oyen pasos en la calle, es el cartero, que llega, «heraldo de un mundo atareado, con noticias de todas las naciones.... Traen el precioso paquete con la correspondencia, se le abre, se desea oír la muchedumbre de voces ruidosas que vienen de Londres y del universo. Ahora, reanimad el fuego, corred las cortinas, acercad el sofá, y mientras de la tetera, que hierve y silba, se eleva la columna de vapor, demos la bienvenida á la noche pacífica que entra». Y en seguida, refiere Cowper lo que el periódico dice, y lo cuenta como artista, que descubre bellezas donde el común de las gentes no ve sino hechos ordinarios, sucesos sin interés, vulgaridad y prosa. El epígrafe, *Noticias de la India*, evoca en su mente la imagen de la India misma, «vieja reina empenachada, con su turbante coronado de plumas y bordado de perlas». La frase, *Impuesto sobre las bebidas*, pone ante sus ojos «las diez mil barricas rezumándose incesantemente y que, tocadas por la mano del Estado, como por el dedo de Midas, sangran oro para la prodigalidad de los ministros». Lady Austen amaba la poesía, prefiriendo entre los metros el verso libre ó blanco, adoptado por Shakespeare y por Milton. En distintas ocasiones, había estimulado á Cowper para que se ensayase en esta forma métrica, á lo que, al fin, condescendió el poeta, pero exigiendo que ella le diese asunto. «¡Bahl, contestó lady Austen, ¿cómo es posible que no halle usted asunto? cualquiera es bueno: hable del sofá». Cowper siguió la indicación al pie de la letra y se puso á trabajar en el acto, escribiendo su mejor poema, su obra maestra, que intituló *La Tarea*, por alusión á la circunstancia que le había dado origen. El primer canto lleva el nombre de *El sofá*, al que consagra dos páginas. «Comparados con *La Tarea*, dice Southey, los mejores poemas didácticos son como jardines artificiales al lado del verdadero campo, poblado de árboles». Debe advertirse, sin embargo, que *La Tarea* no es un poema didáctico, ni una sátira, ni una descripción; es un diario, por cuyas páginas se desliza el alma del poeta con sus opinio-

nes, sus gustos, sus ideas, transformando en imágenes, reflexiones y sentimientos cuanto ve, oye ó recuerda.

No se crea, juzgando por el carácter y la vida de Cowper, que su musa fuese uniformemente triste. Tenía accesos de alegría infantil, y, en uno de ellos, escribió la preciosa balada de *Juan Gilpin*. Lady Austen, viéndole cierta noche más abatido que de costumbre, le contó una aventura que en su niñez le había hecho reír mucho. Era el caso de un honrado mercader de Londres, que se había propuesto pasar un día de asueto en su casa de campo, donde le esperaban su mujer y una buena comida; mas su caballo, indócil á la brida, le lleva de un tirón mucho más allá del punto á que quería dirigirse, y en seguida, volviendo grupas, le conduce á su tienda de la capital, á donde llega de noche, molido y en ayunas. A Cowper le pareció el lance sumamente cómico, y lo puso en verso. La *Historia divertida de Juan Gilpin* hace aún las delicias de los ingleses, que se la saben de memoria. También Cowper, en señal de gratitud al pacífico retiro en que su alma atribulada había encontrado algún consuelo, escribió los *Himnos de Olney*, que están impregnados de un sentimiento religioso puro y sereno. Todavía se cantan en los templos protestantes.

Cowper ama la naturaleza, pero no la naturaleza abstracta, imaginaria, escénica, poblada de ninfas, sátiros y faunos, sino la naturaleza que le rodea, el horizonte que abraza con su mirada, la nieve que pisa en invierno, la fuente que apaga su sed en el verano, las orillas del Ouse que recorre, el pájaro que cuida, la flor que riega, el árbol que le da sombra. Ama igualmente el santuario íntimo del inglés, el hogar. Le formó la amistad una familia, que por sí mismo no había creado, y nadie ha cantado mejor que este célibe las alegrías y dulzuras del hogar doméstico. Con él, la poesía arroja la máscara que la distraza, agradable á la vista, de líneas correctas, pero sin expresión. Tal es el mérito de Cowper, tal su gloria; si no es un gran poeta, un verdadero poeta, y más aún, un poeta sincero, figurando dignamente entre los precursores del arte del siglo décimo-nono.

Al mismo tiempo que Cowper, vivía otro novador de la poesía, tan inconsciente como él, no menos libre y suelto en su inspiración, pero dotado de más genio. Era el escocés Roberto Burns; hijo de un pobre colono del condado de Ayr.

Burns creció entre las rudas faenas del campo y las fatigas y penalidades de la miseria. «Durante muchos años, dice, la comida de carne fué cosa desconocida en casa.... Hasta los diez y seis años, la melancólica tristeza de un eremita y el trabajo forzado de un galeote, tal fué mi vida». Siendo grande su afán por instruirse, le faltaban los medios necesarios. Primero, en la escuela de la aldea; más tarde, en una sociedad de jóvenes, en Torbolton. promovía, deseoso de ejercitar su ingenio, discusiones sobre temas de carácter general, sosteniendo alternativamente el pro y el contra para ver los dos aspectos de cada idea. En su casa, mientras comían, él, sus padres, hermanos y hermanas tenían la cu-

chara en una mano y un libro en la otra. Leía en el campo, en los cortos momentos que el trabajo le dejaba libres, ó mientras se dirigía á la labor. Con la lectura, además de nutrir su inteligencia, aunque de un modo parcial é incompleto, se distraía de las hondas preocupaciones que le agobiaban. Los asuntos de la familia iban de mal en peor; los recursos eran cada vez mas escasos. El propietario de las tierras que llevaba en arriendo el padre de Burns, le suscitó un litigio. «Envuelto y zarandeado en el torbellino de un proceso, escribe el hijo con amarga ironía, le salvó de los horrores de la prisión, cabalmente en el momento crítico, una enfermedad de pecho, que, al cabo de dos años de promesas, tuvo la dignación de intervenir». Para que la curia no cargase con todo, los cuatro hijos mayores entablaron una tercería reclamando sus salarios, y con el pequeño peculio que así pudieron reunir, arrendaron otra hacienda. A Roberto le correspondían siete libras y media al año, en concepto de jornales; con esta mísera cantidad vivió mucho tiempo. Se había propuesto triunfar á fuerza de trabajo y economía. Leyó libros de cultivo, calculó las recolecciones, fué puntual en los contratos; pero ya por la mala calidad de la simiente, ya por retrasarse la cosecha, el caso es que se arruinó. Para colmo de males, era muy enamorado, y tenía una querida, la cual, al ver su precaria situación, le abandonaba, mientras el padre le perseguía judicialmente para sacarle dinero. Burns fué condenado á penitencia pública, y necesitó ocultarse. Estaba ya resuelto á embarcarse para Jamaica, donde le ofrecían un modesto empleo, cuando la publicación del primer volumen de sus poesías le valió veinte guineas y le abrió las puertas de la fama.

Burns fué leído, comentado, ensalzado. El patriotismo no dejó de entrar por algo en esta especie de apoteosis. Escocia podía ufanarse de poseer sabios, economistas, historiadores, críticos, filósofos, mas no contaba con ningún poeta, y he aquí que de pronto aparecía uno en las circunstancias más favorables para despertar la curiosidad, porque no se había educado en los centros de enseñanza, ni era conocido de los literatos, ni lo celebraban en los salones de la aristocracia, sino que llegaba directamente del campo, donde había robado á las flores del bosque el punzante aroma, y á la miel de las abejas silvestres la áspera dulzura de sus canciones. La misma Inglaterra manifestóse encantada de la novedad. El autor fué llamado á Edimburgo; los grandes le sentaron á su mesa; se celebraban sus salidas y ocurrencias de aldeano; se hizo una nueva edición de sus obras, que le produjo quinientas libras, y hasta tuvo su *musa*, que respondía al nombre petulante de Clarinda. La embriaguez del triunfo duró un año, pasado el cual Burns debió pensar otra vez en ganarse la vida, y con el dinero que le quedaba de la venta de su libro, arrendó otra tierra de corta extensión. Pero estaba de Dios, sin duda, que la tierra, á que desde niño consagrara sus cuidados y desvelos, le tratase siempre como ingrata madrastra, y se empobreció de nuevo. Entonces, para que pudiera comer, le dieron una modesta plaza en la aduana de Dumfries, dotada con noventa libras anua-

les. Dumfries es una pequeña población, cuya clase media, melindrosa, engreída, remilgada, aparentó asustarse de las libres maneras del poeta, quien, por su parte, lleno de tedio y tristeza, se entregó al libertinaje y la bebida, que pronto extinguieron su hermosa imaginación. Los excesos y disgustos le condujeron á la tumba, á los treinta y ocho años de edad. Nunca se corrigió de su afición á las mujeres, y todavía, postrado en la cama, de donde no volvió á levantarse, cortejaba en verso á la enfermera que le presentaba un medicamento. Al morir, dejaba un tesoro inestimable, fruto precoz de su juventud. Merced á su iniciativa, ganó naturaleza en lenguaje del pueblo, de un pueblo provincial y casi extraño, en el uso y la admiración de las clases elevadas.

En Burns, las ideas del pensador se dan la mano con las delicadezas y vagos ensueños del poeta. En cierta ocasión, contemplando una estampa que representaba un soldado muerto y, á su lado, su mujer, su hijo y su perro, rompió involuntariamente á llorar. En una de sus composiciones se lamenta de haber destruído involuntariamente el nido de un ratón, «pobre camarada, dice, nacido como yo de la tierra»; pero añade: «Yo soy más digno de lástima; su padecer no dura más que un instante; yo siento, con las amarguras de lo pasado, las ansiedades de lo porvenir». El espectáculo de las injusticias sociales le arrancan acerbas protestas, y su enérgico acento recuerda el de Juan Jacobo Rousseau. Quisiera huir de la vida civilizada, redimirse de la dependencia y humillaciones que ésta impone al miserable. Cuando sopla el viento en el invierno y obstruye la puerta con sus ráfagas de nieve, «el campesino, arrimado á su humilde fuego de turba, piensa en los salones soberbiamente caldeados de los nobles y ricos.» Especialmente, el maldito orgullo le saca de quicio: «Y sin embargo, exclama, un hombre no deja nunca de ser un hombre, y el aldeano vale tanto como el señor. Hay nobles por naturaleza, y éstos son los únicos verdaderos; la ropa es negocio del sastre; los títulos asunto de cancillería; no hay más patente de honor que la que se recibe directamente de mano de Dios Todopoderoso». Es natural que, pensando así, se estremeciera de gozo al estallar la revolución francesa, á cuyos soldados felicita por haber vencido á la Europa conservadora coaligada contra ellos. Canta al árbol de la libertad, plantado en la plaza de la Bastilla. «En ese árbol, dice, crece un fruto singular, hijo mío;—todo el mundo podrá contarte sus virtudes, hijo mío;—eleva al hombre sobre el bruto, y le hace conocerse así mismo, hijo mío;—el campesino que lo prueba es más grande que un señor, hijo mío. El rey Luis quería arancarlo cuando era pequeñito, hijo mío;—por eso el centinela ha roto su corona y también le ha cortado la cabeza, hijo mío.»

No trata con más indulgencia á la Iglesia que al Estado. Dígalo sino la *Feria de los devotos*, donde satiriza cruelmente las costumbres religiosas de su país en aquella época. No escapan á sus golpes los pastores ni las ovejas. Las ferias sagradas era reuniones piadosas, donde se conferían los sacramentos, y Burns, describe una de ellas en la compo-